

## SERMON QUINCUAGÉSIMO OCTAVO.

### Del acto humano correspondiente á la profecía.

Ahora que hemos explicado la naturaleza de la profecía, y esclarecido las dificultades relativas á su objeto, debemos ocuparnos del acto por el cual el hombre, instruido de Dios proféticamente, corresponde á esta revelacion; porque, no teniendo la profecía otro objeto que establecer un comercio sobrenatural entre Dios y el hombre, no basta que Dios opere por su parte, sino que es necesario que le corresponda el hombre por un acto positivo. ¿Cuál es este acto? ¿Cuál es el acto por el cual responde el hombre á Dios en cuanto que Dios le ilumina proféticamente, es decir, le manifiesta por medio de la palabra verdades que exceden el alcance de su entendimiento racional? Este acto, señores, no podría ser un acto de ciencia, porque la ciencia supone demostracion, y Dios no demuestra en la profecía, sino que afirma con autoridad. Afirma, y el hombre cree. La fe es la respuesta que solicita la profecía: no una fe ciega, sino una fe motivada sobre los caracteres divinos que rodean y penetran el testimonio revelador.

Ya, señores, en nuestras dos últimas conferencias del año 1836, año tan lejos de nosotros, he tratado la cuestion de la fe. Ahora se presenta de nuevo, traída por el inflexible enlace de las cosas, y estoy tan lejos de esquivarla, cuanto que debo considerarla bajo un nuevo aspecto. Entonces tratámos mas particularmente de estudiar su naturaleza; hoy, suponiendo conocida esta naturaleza, responderé á dos dificultades que acabarán de haceros conocer lo que es.

Primeramente se nos dice que el acto de fe, por el cual corresponde el hombre á la palabra divina, es un acto que no tiene semejante en el orden natural, donde todo pasa por via de ciencia y de demostracion; y que así, hay bajo este aspecto una anomalía que destruye la síntesis entre los dos órdenes natural y sobrenatural. Aunque no se vea claramente la necesidad de una síntesis ó simi-

litud constante entre estos dos órdenes, probaré sin embargo que existe en el caso de que se trata.

Dícesenos en segundo lugar, que siendo irracional por su naturaleza el acto de fe, pues que no es la consecuencia de una demostracion, no es dueño el hombre de producirlo cuando quiere, por una simple aplicacion de su inteligencia y de su libertad; sino que es obra de la casualidad, de la costumbre, de ciertas inclinaciones del alma, y que así, no podría ser un deber absoluto, de donde dependa nuestro comercio con Dios. Yo probaré, contra esta objecion, que el acto de fe es un poder regular del hombre; y que siéndole conocida la revelacion, la incredulidad es una negativa libre de su parte, una negativa culpable por consiguiente, y que rompe sus relaciones con la luz y con el amor divinos.

Comencemos por la primera dificultad, la de la síntesis entre el orden natural y sobrenatural bajo el aspecto de la fe.

Ya lo habeis visto, señores, no es solamente la revelacion profética la que introduce en nuestra inteligencia el elemento de lo incomprendible, la misma razon está sujeta á él, y sus mas perceptibles claridades van á parar por todas partes á los misterios mas profundos. Al mismo tiempo que la naturaleza despliega sus fenómenos, que la ciencia demuestra que el espíritu se satisface en la evidencia, aparece lo incomprendible, y exige de nosotros un acto de fe. Digo un acto de fe; porque, de cualquier manera que se nos presente lo incomprendible, aun cuando se nos dé una demostracion directa de su existencia, trae á nuestra necesidad de conocer un límite que supone por nuestra parte la aceptacion sumisa cuyo nombre propio es la fe. No es sin duda una fe del mismo orden que la que se adhiere á los dogmas revelados, y que tiene por prenda la palabra de Dios, sino una fe real concedida al testimonio de la naturaleza sobre realidades que no nos explica, y que se envuelven en tinieblas inaccesibles á todos los esfuerzos de nuestra penetracion. Así, lo mismo que la palabra de Dios hace incrédulos, la naturaleza y la ciencia los hacen tambien. El escepticismo no es otra cosa que una rebelion de la razon contra las oscuridades donde ella se pierde en cuanto quiere descender algo profundamente en las entrañas de lo cierto; y por esto la ciencia, así como la religion, quiere de sus sectarios esa humildad que es una gran parte del sentido comun. El verdadero sabio, iniciado en el secreto de su debilidad por las maravillas que él ha interrogado, se inclina ante aquel que ha creado el universo, y que es el único que co-

noce todos sus resortes. Él confiesa que no sabe nada, no como el escéptico en un sentido absoluto, sino en el sentido que implica una inclinacion voluntaria del espíritu del hombre ante el espíritu de Dios, y esta inclinacion voluntaria es la misma fe.

Por lo demás, la ciencia, por imperfecta que sea, no es el estado general de la humanidad; sino el privilegio de un reducido número de hombres diseminados en su seno. La multitud, sujeta á trabajos que no le dejan tiempo para cuidar del entendimiento, ignora la demostracion de las cosas de que usa y de las reglas que aplica á su vida. Ya la gobiernen la verdad ó el error, se halla gobernada por persuasion y por autoridad, es decir, por la fe. Marcha donde la impele el batallon privilegiado de los príncipes de la inteligencia, el cual es tambien impelido por un ascendiente incógnito, que tiene su origen en los siglos anteriores, y en la ola lógica de todos los acontecimientos realizados. Las revoluciones del espíritu humano no tienen otra causa ni otra ley; jamás se operan por via de demostracion, así como no se ganan las batallas por la ciencia del soldado. El soldado ignora lo que hace y porqué lo hace; inmóvil ante el fuego, ó marchando al enemigo, da y recibe la muerte por órdenes cuyo origen ignora, cuyo resultado es para él un misterio hasta el último momento. Obedece en los peligros á un pensamiento invisible en que tiene fe, y esta misma fe es la mitad de su fuerza y de la victoria: un ejército que duda, es un ejército perdido; un ejército que cree, manda á la derrota y le arranca su salvacion. Lo mismo sucede en las batallas de la inteligencia, en esos grandes movimientos de la opinion que arrastran á los pueblos á nuevos destinos; la multitud sigue en ellas á gefes que la persuaden, y ella obedece creyendo mandar. La prueba de esto la teneis, señores, en la historia misma de que formais parte. Hijos de una era fecunda en vicisitudes, asistís á una revolucion social que conmueve la Europa en sus últimos cimientos; ¡ pues bien ! ¿ cuántos hombres creéis que hay en Europa capaces de darse cuenta exacta y científica de ella ? Habíase formado un partido que hacia sesenta años que dirigia la opinion y dispensaba como soberano la popularidad; tenía por apoyo la mayor parte de los focos de ciencia y literatura, por órganos una multitud de impresos que llevaban sus pensamientos hasta los extremos del mundo, por subditos, gobiernos y leyes; todo se habia bajado ante él, hasta que se creyó en fin seguro de haber fundado por la libre discusion un imperio eterno. Ayer reinaba aún; hoy apenas si se defiende. La publicidad, la literatura, la cien-

cia, la libertad, su propia fuerza y su propia obra, se han vuelto contra él; y vedle ahí que vuelve á levantar al rededor de sus ruínas, para encontrar un abrigo, las ruínas que habia hecho y que llamaba soberbiamente reliquias de lo pasado. ¿Cómo ha concluido este reino ? Por la misma potestad que le dió al mundo, por la fe. Háse levantado una palabra nueva del medio de la laxitud de los espíritus y de la inconstancia de las cosas; ha maldecido atrevidamente la palabra que le precedió, y esta, por tanto tiempo señora, se ha encontrado débil en persuasion y en autoridad. Sin duda, señores, que hay en esto una causa y una causa lógica; pero la multitud encaenada no la discierne. Ella ha cambiado de fe, mudando de gefes. Y jamás calla un solo dia en el mundo la palabra que persuade y que manda: no perece en una boca sino para nacer en otra, y si cesara el pueblo de oirla, no teniendo ya fe ni teniendo ciencia, no le quedaria de la inteligencia humana mas que la facultad de una degradacion mayor.

Pero consoláos, lo que necesita la humanidad no le faltará, suceda lo que quiera. La ciencia experimentará en ella eclipses, porque es la luz del corto número, la autoridad sobrevivirá en ella á todas las catástrofes, y si despues de haber sido el órgano de la palabra que tenia su investidura, llegais á perderla, no importa la causa, sabed que otro recogerá el cetro que ha caido de vuestras manos, y que el interregno de la fe es tan imposible en el mundo como el interregno de la vida.

Y ¿cómo conoceria la humanidad su propia historia, si la fe del hombre en el hombre pudiese experimentar una interrupcion real ? La historia no es visible por sí misma en el horizonte de la posteridad: una vez ocultos á sus propias miradas en la tumba los actores y los espectadores de un siglo, desaparecen tambien ante las generaciones que ocupan su lugar, y el curso de los siglos, siguiendo su ola rápida, los vuelve á arrojar mas y mas en la oscura soledad donde los tiene ocultos la muerte. ¿Qué es lo que les hace revivir á pesar del tiempo ? ¿Quién tiene en pié enfrente de su mas remota descendencia la imagen insepulta de los abuelos ? Es la fe sola, la fe del hombre vivo en el hombre muerto, el testimonio del que ha visto pasando de memoria en memoria al que no ha visto. Probad, si fuera de la autoridad humana, una demostracion cualquiera traerá á vuestros ojos á Sesostris ó á Ciro, á Babilonia ó Memfis, ó tal otro plan desvanecido de la antigüedad. El instrumento que busca las estrellas en las profundidades inmensurables del firmamento no puede descubrir nada en la estrecha órbita del sepulcro, y

el cálculo que somete á sí números que van huyendo en una perspectiva indefinida, no puede contar, ni colocar, ni decir los muertos. La eternidad sola los ve en su orden y en sus secretos, y la historia, pálida copia de la eternidad, propone su espectáculo á todo hombre que cree en el hombre. Si no creéis en él, la humanidad pierde su propia huella, y sus generaciones no son ya mas que una caída de hojas entre dos primaveras que no se conocen la una á la otra. Si creéis en ella, no acuseis ya á la religion de pedir para Dios la fe que teneis en el hombre; confesad que es bastante sencillo conocer á Dios por la fe, pues que la humanidad no se conoce de otro modo.

Acabais de verlo respecto de lo pasado, lleguemos á lo presente. Hoy 1° de abril de 1849 de la era cristiana, nos hallamos en la tierra mil millones de hombres distribuidos entre cuatro ó cinco continentes y en cien naciones. ¿Cómo nos conocemos? ¿A cuántos hemos visto de estos seres, nuestros semejantes, que respiran el mismo aire, que huellan el mismo suelo, que habitan en el mismo tiempo, que componen juntos y ocupados en el mismo trabajo la vida de un solo cuerpo? Lo mas que hemos visto son mil ó dos mil, y aun de este número tan limitado apenas nombraríamos la décima parte. De todo lo demás nada sabemos, sino es por las relaciones que nos traen los libros y los viajeros, es decir, por la fe que damos á las relaciones que se nos hace de ello.

Vamos mas adelante; dejemos á nuestros contemporáneos ausentes, y no hablemos sino de los que viven con nosotros, á quienes encontramos en las plazas públicas, y aun si lo quereis, de los mismos que estamos aquí en Nuestra Señora, en los estrechos muros de esta gran metrópoli de París. Reunidos ante las miradas unos de otros, viéndonos con nuestros ojos, debe sernos fácil conocernos con un conocimiento directo en que no tenga parte alguna la fe; y no obstante ¿es así? ¿Quién sois vosotros y quién soy yo? ¿Cuáles son vuestros sentimientos y cuáles los míos? Por mas que tienda los resortes de mi entendimiento para penetrar de frente y por una vista clara en los repliegues de vuestro ser, no saco mas que resplandores que son suficientes para atraerme ó rechazarme por instinto, pero no para darme el conocimiento de vuestro corazón. El hombre es un alma, y el alma ignora al alma, hasta que una palabra dicha al oído, en los desahogos de la amistad ó de la religion, haya revelado su misterio y merecido oír esta respuesta: Os creo. La fe es el nudo de todas nuestras relaciones personales; ella va,

mediadora infatigable y querida, del amigo al amigo, del esposo al esposo, del hijo á la madre, del derecho que manda á la libertad que obedece, y tanto en las mas solemnes acciones de los imperios, cuanto en las mas tiernas efusiones del amor, se expresa el hombre enteramente con estas mismas palabras: vosotros teneis mi fe; yo os doy mi fe. Jamás se la vende, sino que se la da, porque es de tan gran precio, que el que la vende es incapaz de tenerla. Y por esta sola palabra: Yo os doy mi fe, expone el hombre su fortuna, su vida, su familia, su honor. Cree ó es creído, y esto basta. Mas le vale perderlo todo que hacer traicion á su fe; tanto degrada este hecho entre los actos viles el corazón que se halla convicto de ello. La mentira misma, aunque no tenga el carácter de una traicion propiamente dicha, por el mero hecho de faltar á la confianza que un hombre honrado debe á la palabra de otro, la mentira atrae el desprecio, y era la mayor injuria segun nuestros antiguos caballeros esta injuria: ¡Mientes! En efecto, cuando un hombre ha mentido, no tiene ya palabra, pues que ya no merece fe; y no teniendo palabra ¿qué le queda de un alma?

Pero ¿quién lo creería, señores! lo mas material que hay en el mundo, lo que parece sometido únicamente á las leyes del cálculo, el dinero mismo, es objeto de fe entre los hombres. Si pasa de mano en mano, si se multiplica en una circulacion fecunda, es por efecto del crédito, y todo acontecimiento que altera la confianza en lo porvenir mata de un mismo golpe el vuelo del dinero. Ha poco que la mano solicitaba recibirle; bajo la forma y sobre la fe de un vil papel, corria de un pueblo á otro, por todas partes aceptado bajo esa forma ideal que tenia un valor muy superior al de su cantidad real; y hé aquí que súbitamente cae este papel, se oculta el dinero, se paran las fábricas, se paraliza el comercio, y falta el trabajo; todo lo tiene en suspenso una especie de desfallecimiento universal, y parece una parálisis de la sociedad. ¿Qué golpe tan profundo la ha herido pues? Ya os lo he dicho, señores, ha habido en ella una sustraccion de fe. Este pueblo ha cesado de creer en sí; no le han parecido sus recursos morales tan grandes como sus peligros, y mientras vendia Roma el campo donde acampaba Anibal, porque Roma tenia fe en su virtud, este pueblo, midiendo su suerte por su corrupcion, se ha entregado por sí mismo al castigo del miedo. Ha ocultado su oro, como los antiguos ocultaban sus dioses en las catástrofes de la patria. Quitad el miedo, y volviendo á hacerse el dinero público y móvil, resucitará el trabajo, la industria, el comercio, la riqueza en fin, que, ya lo veis, es una hija de la fe.

Basta esto, señores, para establecer que la fe hace un papel tan principal en el orden humano como en el orden divino; y que así no hay antítesis, sino síntesis entre los dos órdenes bajo este respecto. Por tanto, no será inútil que busquemos la razón antes de terminar; porque aunque hemos comprendido que es necesaria la fe al comercio del hombre con Dios, no comprendemos bien porqué lo haya de ser al comercio del hombre con el hombre.

Sepamos, pues, que la vida de los espíritus procede de dos polos, el uno inmutable y absoluto, que es el polo de la verdad; el otro móvil, que es el polo de la libertad. Sin el primero, desprendidos los espíritus de todo punto fijo, irían á la ventura en la noche de la duda y de la ignorancia; sin el segundo, privados de movimiento propio, no serían mas que los satélites obedientes de un mecanismo fatal. Su vida es, pues, á un mismo tiempo, una obra de verdad y de libertad. Como obra de verdad, es un objeto de ciencia; como obra de libertad, es un objeto de fe. Porque, según decían los antiguos, *fluxi non est scientia, no hay ciencia de lo que pasa*. Ahora bien, nada es mas instable, mas rápido, mas imprevisto que la libertad, y por esto es tan difícil conocerse á sí mismo, por presente que uno esté á su propio corazón. ¿Qué haré yo mañana? ¿Dónde me conducirá la inconstancia de mi voluntad? ¿Sucumbiré á ella ó no? Tal vez puedo entreverlo, pero no puedo asegurármelo absolutamente. Un libro que me venga á la mano, una palabra que oiga, una injuria que se me haga, un amigo á quien dispute en vano á la muerte, una hoja que arroje el viento á mis piés, cualquiera cosa en fin, todo y nada son capaces de trastornar mis sentimientos y de inspirar á mi voluntad resoluciones inesperadas. ¡Desgraciado! ¡Querés que os dé la ciencia de mí mismo, y yo mismo no la tengo, yo mismo no me conozco á mí mismo, yo mismo soy para mí objeto de fe!

La libertad es, señores, la que introduce en las cosas humanas el elemento de la fe, y la que hace de él el único medio de conocernos recíprocamente. Si no fuésemos libres, la ciencia dispondría de nosotros como del resto de la naturaleza; pesaría un hombre del mismo modo que un poco de tierra, y reduciéndose á números todas las leyes de la humanidad, no necesitaríamos para gobernarnos sino de una academia de matemáticos. Tal es también respecto á nosotros el ensueño ó la ilusión final del materialismo. Persuadido de que en el hombre no hay mas que una materia organizada, busca la combinación suprema que teniendo las pasiones en equilibrio produzca

un orden puramente científico en el que el crimen y la virtud no tengan ya lugar ni nombre. Haced, por ejemplo, á todos los hombres iguales, con una igualdad matemática; haced de ellos guarismos alineados; distribuidles por una misma medida los objetos que lisonjean los sentidos y que contentan el orgullo; ¿qué les faltará para ser igualmente y soberanamente felices? Nada sin duda, señores, si no son mas que cuerpos; pero si por azar vive en ellos un alma, y en esta alma la libertad de querer, estad seguros de que aunque les diérais en alimento á cada uno de ellos el cielo, la tierra y la mar, no saciarían el ansia recíproca de su felicidad. Basta un momento á la pasión para devorar mundos, y si no es la libertad lo infinito por la sustancia, es lo infinito por el deseo. Por esto, no hay matemáticas de la libertad, y los que buscan su ecuación en la materia son semejantes á aquel niño que encontró San Agustín en una playa del Africa, y que se proponía agotar la mar con una concha arrojada por las olas. Estos grandes calculadores son los últimos de los hombres para el gobierno del hombre; admíranse cándidamente de la resistencia que encuentra su genio, no dudando que la libertad es mas vasta que todo imperio, mas poderosa que todo César, mas profunda que todo abismo, y que solo la fe le manda, porque la misma fe es un acto de libertad.

Así, por la misma razón que somos seres libres, somos seres de fe, y es necesario decir en el orden natural lo que decía Jesucristo en un orden mas alto: ¡*Bienaventurados los que no vieron y creyeron!* (1). Es decir, bienaventurados los que no necesitan de la demostración; porque la demostración no hiere mas que un pequeño número de inteligencias en cosas de superiores alcances, mientras que la fe, popular y sublime á un tiempo mismo, va del alma de todos al alma de todos, en cosas que tomando su raíz de la libertad son el fundamento de la vida humana.

Lo repito, señores, la fe es lo correlativo de la libertad, así como la ciencia es lo correlativo de la necesidad; y preguntar porqué debemos creer, es preguntar porqué somos libres. De aquí se desprende una consecuencia que no puedo callaros, y que acabará de explicar el gran papel de la fe en el orden puramente natural.

Refiriéndose la ciencia á la necesidad, es decir, á lo que es inmutable en sí, basta tener talento para ser sabio; pero no es lo mismo para ser creyente. La fe es un acto de confianza, y por consiguiente

(1) San Juan, cap. 20, vers. 29.

una cosa de corazón. Supone en el que la concede la misma rectitud que en el que la inspira, y jamás fueron capaces de tenerla el ingrato, ni el embaucador, ni el egoísta, ni ninguno de los que la Escritura llama enérgicamente los *hijos de la desconfianza* (1). Confiar es darse, y nadie se da sino son los magnánimos, ó al menos, los generosos. No porque la fe excluya la prudencia y porque sea preciso entregarse á la primera palabra que cae de una boca desconocida, sino porque supuesto que se halle satisfecha la prudencia, es necesario aún un impulso para arrancar de sí esta difícil palabra: *Creo*.

Hallándose Alejandro, rey de Macedonia, en las orillas del Cidno, fué atacado de un mal que amenazaba salvar la Persia; y su médico, á quien amaba tiernamente, debió prepararle un brebaje decisivo. Pero en la víspera, un billete trazado por una mano conocida advirtió al enfermo que desconfiase de su amigo, como de un traidor que habia vendido su vida. Alejandro calló, y cuando al día siguiente se le presentó la copa, sacó el papel acusador, se lo entregó á su médico, tomó la copa y se la bebió de un trago. Toda la antigüedad ha elogiado esta accion de Alejandro, y sus victorias mas famosas, Gránico, Iso, y Arbela, no han rodeado su cabeza de mas admiracion. Sobre lo cual un escritor célebre, que no nombraré, se pregunta qué era lo que habia de bello en esta accion tan elogiada, puesto que al fin Alejandro era el gefe de un ejército numeroso comprometido en un territorio enemigo, el dueño de un reino naciente, el hombre de la Grecia, encargado de sus venganzas y de sus designios; títulos todos por los que debia respetar su vida, de la cual dependia la suerte de tantos otros; ¿y qué mérito habia en exponerla sin defensa á los azares de un envenenamiento? Pero el escritor que he citado, despues de haber hecho estas observaciones, se corrige diciendo: « ¿Qué hay de tan bello en esta accion de Alejandro! ¡Desdichados! ¿Podréis comprenderlo, si es preciso decíroslo? ¡Lo que hay de bello en esta accion es que Alejandro creía en la virtud, es que creía en ella sobre su cabeza, con peligro de su vida! »

Hé aquí, señores, una magnífica explicacion de la fe de un corazón grande, y tambien la explicacion de toda fe, ya se dirija al hombre ó á Dios. Cualquiera que hace un acto de fe, sépalo ó no, bebe la copa de Alejandro: *Cree sobre su cabeza, con peligro de su*

(1) San Pablo, Epístola á los Efesios, cap. 2, vers. 2.

*vida*; entra en esta línea de Abraham, llamado *el padre de todos los creyentes* (1); porque en su vejez, exháusto de edad, pero no de corazón, levantó un hierro obediente sobre el hijo único que era todo su amor y toda su raza, esperando contra la esperanza en la palabra que le habia prometido una posteridad. Y si hay una criatura que, al contrario de estos magnánimos recuerdos, no haya sacado jamás de su alma un acto de fe, podeis acusarla sin temor de haber deshonrado en ella la obra de Dios. Porque la fe no es solamente una virtud, es decir, un esfuerzo generoso y eficaz hácia el bien, sino que es el pórtico sagrado por donde pasan todas las virtudes, el prodromo sangriento donde comienzan los sacrificios y donde vuelven las víctimas justamente inmoladas en el santuario de Dios. No hay un acto de sacrificio, un acto de amor, un acto honroso ó santo que no haya sido en su principio un acto de fe, y esta es la razon porque declara la Escritura con tanta frecuencia, que el hombre es justificado y salvado por la fe. Los judíos se imaginaban que el principio de la salvacion era la observancia de la ley en vista de las recompensas de Dios. San Pablo no cesa de decirles que las obras son impotentes si no se hallan vivificadas por un elemento superior: *No hay mas que un Dios, grita, que justifique al circunciso por la fe y al incircunciso tambien por la fe* (2). ¿Qué son, en efecto, las obras, si se realizan bajo el impulso de una mira puramente científica? Un simple cálculo de interés ó de buena administracion de sí mismo y de los otros. Somos justos, sobrios, económicos, laboriosos, fieles observadores de nuestra palabra, porque esto constituye un orden, cuya exactitud produce mas que cuesta; pero colocad estos espíritus bien reglados en presencia de la copa de Alejandro, es decir en presencia de un sacrificio que se puede evitar sin perjuicio, enfrente de una virtud que no tiene visible remuneracion, y entonces conoceréis el vacío de un corazón donde falta la fe. No digo ya la fe divina, sino esa fe vaga, innominada, indescriptible, que hace el fondo de todo lo que es grande. Así, cuando pronuncia San Pablo esta soberana sentencia: *Sin fe es imposible agradar á Dios* (3), se puede añadir: y á los hombres.

De aquí proviene, señores, la debilidad de la sociedad en los tiempos presentes. Jamás ha arrojado sobre las cosas la ciencia una luz mas viva y mas completa que en el día, y nunca el lazo

(1) San Pablo Epístola á los Romanos, cap. 4, vers. 11. — (2) Epístola á los Romanos, cap. 3, vers. 30. — (3) Epístola á los Hebreos, cap. 11, vers. 6.

social ha sido tan fácil de romperse en las manos que intentan reunir sucesivamente su haz. Esto consiste en que la ciencia no es el principio del orden humano: no es mas que un glorioso ornamento suyo; y si oprime á la fe en lugar de sostenerla, no es mas que el instrumento parricida de una ruína en que reconocerá el hombre demasiado tarde que es necesario creer para vivir un solo día, aun cuando no fuese necesario creer para vivir eternamente. La fe humana es la vida del hombre natural, así como la fe divina es la vida del hombre sobrenaturalizado; y como estos dos hombres no constituyen mas que uno, la fe divina mantiene á la fe humana, así como la fe humana apoya á la fe divina, aunque no sea mas que probando la síntesis que existe entre los dos órdenes, cuyos elementos distintos, pero armoniosos, componen nuestro destino.

Resuelta esta primera dificultad, se insiste y se me hace observar una diferencia considerable entre la fe que sirve de medio á las relaciones de los hombres entre sí, y la fe que sirve de medio á su comercio con Dios. En aquella, se dice, es fácil reconocer cuándo y hasta qué grado se debe dar su confianza á un testimonio puramente humano, relativo á cosas y á ideas que no se desvian de la esfera en que estamos; en esta, al contrario, todo excede á nuestras facultades, lo mismo la revelación divina en sí misma y en sus signos exteriores que los misterios que se contienen en ella. Creemos en el hombre voluntaria y naturalmente, porque el hombre es nosotros; creemos en Dios por azar y difícilmente, porque Dios no es nosotros. ¿Cómo hemos de hacer, pues, de esta fe el instrumento privilegiado de nuestras relaciones con el mundo invisible? ¿Es culpa nuestra si no subyuga nuestro corazón? Nos decís que es un efecto de persuasión, ¡pues bien! persuadidnos. Hémos aquí al pié de vuestro púlpito, ya os escuchamos; ¿qué os impide persuadirnos? Ahora mismo nos advertíais en un apóstrofe que habéis creído elocuente, que cuando una palabra pierde su autoridad en el mundo, encuentra infaliblemente un sucesor que se apodera del trono vacante. Esto es lo que ha sucedido respecto de la palabra de que sois el órgano. ¿Pero es preciso imputárnoslo? ¿Es preciso condenarnos ó compadecernos porque la palabra humana se haya sustituido por todas partes á la palabra divina, ó porque hemos nacido en un siglo en que el hombre es mas potente que Dios, y en el que se escucha mas á los sabios que á los teólogos? Es posible que se engañe nuestra generación, ¡pero ella no es el autor de sus tinieblas, sino la víctima! Nuestros padres han preparado la

copa en que bebemos; han puesto en ella tanto arte y tanta fuerza, que nuestros labios se embriagan allí naturalmente, y que el conocimiento y el error no son para nosotros mas que un solo acto en un mismo día. Que Dios, pues, en lugar de condenarnos, venga en nuestro auxilio, que hable, que dé gracia á su palabra, y si es verdad que su Hijo, en otro tiempo visible entre nosotros, haya resucitado de entre los muertos, ¡ah! que resucite, pues, á todo el género humano. Este es el verdadero muerto. Habémos dicho que la elocuencia es la sustitución del alma que habla al alma que escucha, pues bien ¡sea Dios elocuente! ¿Es esto pedirle demasiado para la salvación del mundo? Y si no quiere hacerlo, si no lo hace, si la incredulidad permanece siendo nuestro estado natural, al paso que la fe es nuestro estado de excepción, ¿de qué puede quejarse? ¿A caso de que seamos tales como nos ha creado?

Señores, vuestra objeción supone que la fe divina ó religiosa es un accidente del entendimiento humano; pero ya os he probado varias veces en el curso de estas conferencias, que era el estado universal, perpetuo y público de la humanidad. Os lo he probado en este mismo año, al fin de nuestra reunión cuadragésima, y sin volver sobre esta demostración enteramente histórica, me limitaré á una observación y es que jamás hubo en el mundo mas que dos épocas en que haya tenido la incredulidad alguna esperanza de dominación, la edad de Augusto y la nuestra; la edad de Augusto que vió perecer la república romana, y la nuestra que no ha producido aún mas que tempestades: dos épocas en seis mil años, ambas marcadas con los signos y los efectos de la decadencia. No es esto que quiera yo profetizar vuestra ruína; aun en el siglo de Augusto no era la ruína la incredulidad del antiguo mundo; era el advenimiento dichoso de un mundo nuevo, del mundo cristiano. Lo mismo sucederá respecto de vosotros. Vuestra nave tiembla y desciende, pero la ola que la impele al abismo la levantará hácia el cielo; y vuestra posteridad, conducida al puerto, admirará en vuestra historia y en la suya una nueva prueba de que lejos de ser la incredulidad una parada de la humanidad, apenas es un escollo. Ya algunos bálsamos precursores del porvenir justifican este presentimiento, y aun cuando mi esperanza no fuese una prueba para vosotros, siempre quedaria patente que la única época de incredulidad cuyo integro desarrollo conocemos ha sido seguida de la exaltación del cristianismo, es decir, de la mas grande y mas memorable expansión de fe que haya tenido lugar en el género hu-